

Maria Rovira Gallart
1 ESO C
Jesuïtes Sarrià - Sant Ignasi

Pablo y Juanjo

En nuestro entorno, hay muchas personas que se enfadan constantemente. Ahora, pensad si os enfadáis en vuestro día a día y porqué. Al final, os váis a dar cuenta de que la mayoría de veces es por cosas que no tienen interés, como esta historia que os voy a contar.

Juanjo era un niño de ocho años que tenía un amigo llamado Pablo con quien compartía el día a día en la escuela. Ellos dos eran los mejores amigos, y habían compartido diversos momentos juntos que nunca olvidarían. Los dos eran muy buenas personas, compartían entre ellos los juguetes, se ayudaban en los deberes, se preocupaban el uno por el otro y se querían mucho. Eran inseparables. Pero ellos no se daban cuenta de que había muchas personas y niños como ellos que querían ser sus amigos porque querían compartir una amistad como la de ellos dos.

Un niño que iba a su misma clase, llamado Eric, deseaba con toda su alma ser amigo suyo porque en el colegio él se sentía solo. Entonces, Eric decidió hablar con Pablo para empezar a construir una amistad. A Pablo le pareció una mala idea hablar con alguien que no fuera Juanjo, pero después de hablar un rato empezó a pensar que él era un chico majo y simpático y siguieron hablando durante todo el patio. Eric le dejó sus juguetes a Pablo y jugaron juntos como buenos amigos, compartiendo risas y pasándolo en grande.

Juanjo llevaba un buen rato buscando a Pablo hasta que lo vio con Eric. En ese momento, a Juanjo se le llenaron las mejillas de lágrimas porque pensaba que Pablo le había olvidado y se acercó a él con paso decidido. Sin pensarlo dos veces, pegó a Pablo y se fue a llorar al lavabo. Eric se sintió muy culpable de todo lo que había pasado e intentó calmar a Pablo que estaba muy preocupado por Juanjo y a la vez muy angustiado por el golpe que le había dado. Se levantó de un golpe brusco y pegó a Eric diciéndole que todo esto era culpa suya. Eric lloró durante todo el día por el enfado que había tenido con Pablo hasta que cuando llegó a casa, se le ocurrió ir a casa de Pablo para pedirle perdón.

Cuando llegó, abrazó a Pablo pidiéndole perdón y diciéndole que lo que había pasado no era su intención. Le dijo que tenían que ir a casa de Juanjo para pedirle perdón y se fueron decididamente. Cuando Juanjo abrió la puerta, se le veía enfadado y disgustado, pero quería que todo eso acabara. Abrazó a Pablo y le pidió perdón, pero aún tenía una pregunta para hacerle después del abrazo. Le preguntó por qué jugaba con Eric en el patio. Pablo le dijo que él estaba solo y Eric se le acercó para hablar. Le dijo que no había pensado en ningún momento dejarle de lado y le pidió perdón. Juanjo perdonó a Pablo, pero no a Eric.

Al día siguiente, Eric fue a hablar con Pablo para arreglarlo todo con Juanjo. Pablo lo acompañó a hablar con Juanjo y se perdonaron. Desde ese día, ya no son solo Pablo y Juanjo, sino que también es Eric.

A veces nos enfadamos por cosas que no lo parecen y no podemos enfadarnos antes de aclarar las cosas. Sin olvidarnos de que las cosas no se solucionan pegando, sino que se solucionan hablando. Espero que hayas aprendido de esta historia.

Mariona Balart Sirvent
1 Eso B
Jesuïtes Sarrià Sant Ignasi

PAZ, TOLERANCIA Y RESPETO

Como cada domingo por la mañana, Clara y yo quedamos para ir al parque para pasear y estar un rato juntas. Desde que Clara cambió de colegio ya no nos veíamos entre semana, decidimos hacer esto para no perder el contacto. Esta vez teníamos muchas cosas que contarnos ya que volvíamos de las vacaciones de verano y hacía tres semanas que no nos veíamos. Además, hacía muy poco había pasado algo horrible que nos tenía a todos preocupados: Ya hacía dos semanas del atentado de Barcelona y Clara y yo después de explicarnos las vacaciones, enseguida nos pusimos a hablar de ello. Ninguna de las dos estábamos en Barcelona cuando sucedió, y nos enteramos porque nos lo explicaron nuestros padres. La primera preocupación fue pensar en si algún familiar o amigo nuestro estaría paseando por Barcelona, por Las Ramblas en ese momento. Lo siguiente fue la tristeza de oír en las noticias que había muerto gente, de nacionalidades diferentes y de edades diferentes. Las dos reconocimos tener desde ese día miedo, estábamos muy preocupadas y sentíamos cierta inseguridad de ir por la calle. Pero, por otra parte, teníamos rabia de sentirnos así, porque no estábamos dispuestas a que unos terroristas nos quitaran la libertad y las ganas de disfrutar de la vida. ¿Por qué tienen que ganar los malos cuándo son menos que los buenos? ¿Por qué no podemos vivir todos con respeto, en paz, sin tener en cuenta religiones, fronteras ni maneras de pensar? ¿En qué nos estamos convirtiendo? ¿Cuándo acabará todo esto? ¿Cuánta gente tiene que morir para que nos demos cuenta de lo mal que lo estamos haciendo?

Ya hacía bastante rato que estábamos sentadas en un banco del parque, hablando sobre este tema y disfrutando del sol y de la tranquilidad del lugar, cuando de repente dos niños, más o menos de nuestra edad, empezaron a pegarse. Se insultaban sin parar, se gritaban, se daban patadas y se estiraban del pelo, pero nadie reaccionaba. Eran dos niños del barrio y amigos yo, conocía a uno de ellos, se llamaba Elliot. Los había visto muchas veces jugar juntos. ¿Qué podía haber pasado para que actuaran de esa manera? No podía entenderlo y la verdad es que al final, el motivo no me importaba, lo que tenía claro es que debían dejar de pelearse. Clara estaba muy nerviosa, al igual que yo, y ninguna de las dos sabía cómo actuar, pero sí queríamos hacer algo. Era absurdo que dos niños estuvieran actuando de esa manera. De repente Clara, sin decirme nada y sin darme tiempo a reaccionar, echó a correr hacia los niños y los intentó separar sin éxito. Vi que necesitaba ayuda, y decidí ir hacia ella. Solo se me ocurrió ponerme a gritar: “¡Queréis parar ya!, ¿No os da vergüenza?”.

Pararon en seco y se nos quedaron mirando a Clara y a mí. Empezaron a decirnos que no nos metiéramos, que no era cosa nuestra, que los dejáramos en paz. Pero Clara los cortó, sin hacer caso a lo que nos estaban diciendo. Les hizo callar y aprovechó ese momento para recordarles que hacía dos semanas había muerto mucha gente por culpa de la rabia y la maldad de unas personas

que se creían tan poderosos y superiores como para matar a otras personas. Que muchas familias habían quedado destrozadas para siempre. Entonces yo continué diciéndoles que estaba convencida de que el motivo de su pelea seguro que no era tan importante como para actuar así. Seguro que era una estupidez, y que simplemente por respeto a todas esas personas que habían muerto, por respeto a todas esas familias destrozadas y por respeto a todas las personas del mundo que quieren la paz, su pelea debía acabar en ese momento y debían perdonarse. Les dijimos que la paz era muy importante y necesaria, que cada uno de nosotros teníamos que poner nuestro granito de arena y ayudar a que el mundo fuera mejor. Al final era tan simple como pensar que todos somos iguales, que todos nos equivocamos, que todos merecemos una segunda oportunidad y que todos merecemos que nos perdonen. Que nada era tan importante como para provocar odio, violencia y muerte. Respeto, paz, perdón y tolerancia eran palabras que debíamos tener grabadas en nuestro cerebro.

Cuando acabamos, Clara y yo no esperamos a que dieran ninguna respuesta, dimos media vuelta, nos cogimos fuerte de la mano y nos marchamos. Estábamos nerviosas y emocionadas por lo que habíamos hecho. En el último momento, clara se giró y vio que los dos niños se estaban abrazando. Sin duda habían hecho las paces. ¡Nos fuimos tan orgullosas a casa! Corrimos a casa a explicarles a nuestros padres todo lo que había pasado. Ellos estaban aún más orgullosos que nosotras. Mis padres me dijeron que ese día nosotras habíamos puesto un poquito más de pez en el mundo, y que por poquita cosa que eso pareciera, era algo muy importante. Si cada ser humano hiciera cada día un poquito por la paz, se acabaría el odio, las guerras, el sufrimiento, el miedo y viviríamos todos más tranquilos, disfrutando del día a día, de las pequeñas cosas, de los detalles, sin miedo a ser criticados, juzgados, apartados o maltratados. Me abracé a mis padres satisfecha de lo ocurrido. Y pensé que las cosas pasan por algo, y que los atentados y la pelea de esos niños, al final no me habían hecho más débil y miedosas, si no que habían conseguido que yo fuera más fuerte, más segura de mi misma y que tuviera mucho más claro que lo que yo quería era vivir en paz.